



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 34.

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 10 de Diciembre de 1879.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

PESCA DE LA BALLENA.

(Véase la lámina de la página presente.)

No es cosa fácil presenciar una pesca de ballenas. En este oficio se sabe cuándo se empieza, pero no cuándo se

acaba; y á veces no se regresa de una expedicion hasta dos ó tres años despues de lo que se habia pensado, cosa no muy agradable por cierto. Sin embargo, es preciso confesar que no hay nada comparable á la perspectiva de una temporada en las costas de Groenlandia.

En otro tiempo la pesca se efectuaba de la misma manera que hoy, pero á lo ménos se estaba seguro de pescar en poco tiempo un cargamento completo.

Los primeros navegantes que se arriesgaron en los mares polares, y por cierto que no lo hicieron para entre-



PESCA DE LA BALLENA.

garse á la pesca, sino para buscar el famoso paso del Noroeste, encontraron estos parajes llenos de ballenas, que no se asustaban de nada, pesadas, perezosas, y á las que impunemente se podían acercar los tripulantes.

Entonces fué cuando se les ocurrió la idea de sacar provecho de sus exploraciones aventureras; y puesto que no podían traer por estos sitios las especias de las Indias, se contentaron con extraer el aceite de estos cetáceos.

En algunos años, lo que para los exploradores primitivos no había sido más que una cosa accesorio, fué para los que vinieron después objeto único; y al principio del siglo XVII, flotillas de embarcaciones especialmente armadas para la pesca fueron expedidas por muchos estados de Europa, y sobre todo por los holandeses. Añadamos que al principio se vieron obligados á acudir á los vascongados para aprender un oficio, en el que éstos eran ya maestros hacía muchos años, pero que hasta entonces no habían ejercitado tan cerca de los polos.

Los ingleses, emprendedores en todo tiempo, inventaron una clase de pesca especial, y para la que no tenían necesidad de maestros; sus buques se contentaban con vigilar á sus competidores; y cuando los suponían suficientemente cargados, por medio de algunos cañonazos se apoderaban, no solamente del cargamento, sino de la embarcación.

Este procedimiento expeditivo tenía la contra de necesitar el gasto de pólvora y proyectiles de guerra; pero en cambio economizaba tiempo y trabajo, sin hablar de los enseres de pesca, que, dado este caso, eran de todo punto inútiles.

En aquel tiempo la ley del más fuerte era considerada como la mejor, lo que prueba el grado de civilización de semejante época, y los ingleses no dejaron este medio de procurarse aceite, hasta que los holandeses se opusieron con la fuerza.

Entonces tomaron cada una de estas naciones amigablemente su parte en los sitios más favorables de pesca, debiendo los holandeses escoger sin duda la mejor, porque mientras los ingleses abandonaban poco á poco una industria que no les daba suficientes beneficios, aquéllos, al contrario, fundaban en la costa de Spitzberg una ciudad, que prosperó durante más de medio siglo, y á la que dieron el nombre de Smeerenberg. Estaba situada á los 79 grados de latitud Norte, y esto sólo basta para indicar que dicha residencia no sería precisamente una morada de placer; sin embargo, en verano, es decir, cuando era de día, la actividad que reinaba en ella era considerable. Más de 300 buques, tripulados por más de 18.000 hombres, estaban ocupados en pescar ballenas en las bahías vecinas, y transportar la grasa á Smeerenberg para derretirla, de lo que provino su nombre, que quiere decir *palacio de grasa*.

Durante el día de cinco meses que reina en Spitzberg, las ovas y algas gigantescas transforman las bahías en colorados bosques submarinos. En medio de esta vigorosa vegetación, en relación con el tamaño de los pescados á que da abrigo, era donde los grandes cetáceos buscaban su alimento.

En cuarenta y seis años los holandeses solos capturaron 32.900, que representan un valor de 380 millones de francos.

Semejante destrucción dió sin duda qué pensar á los sobrevivientes, que, abandonando casi por completo estas orillas funestas, se dirigieron á alta mar, obligando á los pescadores á seguirlos. Desde este momento no fué posible volver á Smeerenberg para derretir la grasa.

Los holandeses adoptaron entonces el sistema usado ya en otros pueblos, y que consiste en tener á bordo una gran caldera con todo lo necesario para derretir la grasa y conservarla en cajas hasta el regreso de la expedición. La ciudad no tuvo ya objeto alguno. Abandonada todos los años á la aproximación del invierno, cuando fué completamente inútil, no se pensó más en ella. La nieve y el hielo cubrieron sus casas de madera, y hoy día se buscaría en vano el sitio que ocupó.

Por mucho tiempo pudo seguirse el rastro de las ballenas tan desecadas, porque hacía fines del siglo XVII se refugiaron en las costas de Groenlandia; después, en los estrechos que se encuentran en esta tierra tan poco conocida. En 1750 se dirigieron al estrecho de Davis, y en

1800 se refugiaron en la bahía de Baffin. En nuestros días las que quedan se hallan repartidas por todas partes; pero en los mares polares, y sobre todo en los alrededores del 70 paralelo de latitud Norte, es donde se deben buscar principalmente.

En este sitio ofrece la pesca tales peligros, que apenas la perspectiva de un buen éxito puede bastar para sostener el valor de los que á ella se dedican.

Los hielos flotantes amenazan sin cesar romper los más sólidos buques cual frágiles cáscaras de nuez, y como la niebla que reina en estas regiones es muy espesa, el navegante no sabe qué camino tomar para evitarlos. ¡Cuántos barcos aparejados para la pesca de ballenas no han sido rodeados por estas nieblas pérfidas, y han sido cogidos por los bancos de hielo, sin esperanza de poderse librar de ellos! ¡Cuál es entonces la suerte de los desgraciados que los tripulan! No sabiendo si el agua congelada que los aprisiona en sus brazos de hierro los arrastra hacia la costa ó el polo, sienten que el frío paraliza poco á poco sus miembros, y quedan sin fuerzas, tanto para alejarse del peligro, como para acortar el momento de su muerte; dichosos ellos si algún oso viene á terminar sus sufrimientos, enrojeciendo con su sangre el hielo que les rodea.

Y cuando un buque está bloqueado en una bahía en que se ha detenido mucho más tiempo del que debía, y de la que no ha podido salir, ¡cuántos no son los sufrimientos de su tripulación durante esa larga noche de seis meses, cuya monotonía sólo interrumpen algunas auroras boreales! Este espectáculo de nubes brillantes, impulsadas por la brisa en diversas direcciones, á los ojos de los naturales de estos países semeja combates que dan en el cielo los guerreros que han muerto, y los contemplan con espanto, como los heraldos de próximas calamidades. Para los balleneros, hombres poco poéticos, no son más que iluminaciones de corta duración, que hacen más profunda aún la oscuridad.

Algunas veces el buque se estrella contra los hielos, y los desgraciados pescadores deben, si quieren ganar la costa, construir, con lo que han salvado, abrigos donde tienen que esperar la vuelta de la luz, para ver si vienen con ella otros navegantes que los saquen de su triste situación. Pero ¿cuántos resisten al rigor de esta horrible temperatura? Pocos ignoran la historia, casi increíble, de cuatro marinos rusos que pasaron seis inviernos consecutivos en estos parajes, y de los cuales tres regresaron á su patria; pero ¿quién referirá la historia de los infortunados que han muerto? Sus miserias quedarán completamente desconocidas, y la nieve que cubre sus miembros nunca dirá las angustias de sus agonías, como la ola que pasa por encima del ahogado.

Uno de los primeros años de pesca los holandeses trataron de establecer un depósito en estas regiones, y dejaron no pocos compañeros para que pasaran en él el invierno. Al verano siguiente arribaron á la bahía y hallaron la barraca completamente cerrada. La abrieron, y era una tumba. Todos habían perecido, y cuatro de ellos estaban convertidos en carámbanos.

En la última página de su diario estaba escrito: «Nos encontramos tendidos en nuestras camas y vivimos todavía. De buena gana comeríamos, si uno de nosotros pudiera levantarse y encender fuego. Suplicamos encarecidamente al Todopoderoso que nos libre de una existencia que nos es imposible prolongar sin alimento ni fuego para calentar nuestros miembros helados. Ninguno de nosotros está en estado de ayudar á los demás; cada uno debe soportar su propia miseria.»

En 1697 el capitán holandés Zörgdrager, que mandaba el buque llamado *Cuatro Hermanas*, refiere que se halló en una bahía de Groenlandia con quince buques bremeses, que habían cogido ciento noventa ballenas; cincuenta de Hamburgo, que habían arponado quinientas quince, y ciento veintinueve buques holandeses, que habían pescado mil doscientas cincuenta y dos.

Por más de un siglo no fué necesario, como antes hemos dicho, para hallar grandes bandadas de aquellos cetáceos, el tocar á las playas de hielo; bastaba hacerse á la vela hacia Spitzberg y las otras islas del Norte; y se derretía en los hornos de aquellas regiones boreales una cantidad tan grande de aceite de ballena, que los barcos pes-

cadores no eran suficientes para cargarla, y era preciso que una parte considerable se trasportase en otros buques.

Cuando después se hicieron las ballenas espantadizas en las inmediaciones de Smeerenberg y otros sitios frecuentados por los pescadores, que no se podía ya aproximarse á ellas, ni menos sorprenderlas, ni engañarlas y retenerlas con algún cebo, se redoblaron los esfuerzos y la constancia.

No se dejó de seguir las hasta los parajes en que sucesivamente se refugiaron, y fué tanto más fácil no perder sus huellas, cuanto que estos animales abandonaban, al parecer, con sentimiento las playas en que por tanto tiempo habían vivido libres, y los bancos de arena que les habían proporcionado el alimento que prefieren. Su emigración fué lenta y sucesiva: al principio no se alejaron sino á cortas distancias; y cuando, queriendo, por decirlo así, la tranquilidad sobre todo, huyeron de su patria tan frecuentemente turbada, abandonaron, para no volver, las costas, las bahías y los bancos en cuyas inmediaciones habían nacido, y fueron á acogerse á las playas heladas: poco después vieron llegar á sus enemigos, tanto más encarnizados contra ellas, cuanto que para alcanzarlas se habían visto precisados á luchar contra las tempestades y la muerte.

En vano una niebla densa, una tempestad ó un viento impetuoso impedían frecuentemente perseguir á las que el arpon había herido; en vano aquellos cetáceos atravesados huían algunas veces á tan grandes distancias, que la tripulación de la barca pescadora se veía obligada á cortar la cuerda atada al arpon, que arrastrándola con velocidad, la habría alejado prontamente de los buques, en términos de perderse en la superficie de los mares; en vano las ballenas heridas por la lanza advertían con su precipitada fuga á las que aún no habían descubierto la aproximación del enemigo; el valor, ó más bien la audacia de los pescadores, vencía todos los obstáculos. Subían á la punta de los mástiles para descubrir desde lejos á los cetáceos que buscaban; despreciaban los hielos flotantes, y queriendo buscar su salvación en el peligro mismo, amarraban sus buques á la extremidad de los témpanos móviles.

Cansadas, por último, las ballenas de una guerra tan larga y porfiada, desaparecieron bajo los hielos fijos, y escogieron particularmente su asilo debajo de aquella corteza inmensa y helada que los bátavos habían llamado *ostys* (el hielo del Oeste). También los pescadores fueron hasta aquellos hielos inmóviles al través de los témpanos y montañas flotantes, y por consiguiente, de todos los peligros; y las cercaron, y aproximándose en sus lanchones á aquellas orillas glaciales, acecharon con una admirable constancia los momentos en que las ballenas se veían obligadas á salir de debajo de su bóveda helada y protectora para respirar el aire atmosférico.

Inmediatamente antes de la guerra de 1744 se entregaban los rusos todavía á estas peligrosas empresas, de que antes que otro pueblo alguno dieron un glorioso ejemplo.

Poco tiempo después los ingleses impulsaron la pesca de la ballena con la formación de una sociedad respetable, con la seguridad de un interés ventajoso, con grandes recompensas que distribuían á los que habían logrado una pesca más abundante, con indemnizaciones iguales á las pérdidas que habían sufrido en sus primeras tentativas, con una exención de derechos sobre los efectos de acopio, y con la más ilimitada libertad para formar tripulaciones, á las que en ninguna circunstancia de leva forzada de marinería se podía inquietar.

Antes de la revolución que ha creado los Estados Unidos, habían conseguido los habitantes del continente de la América Septentrional en la pesca de la ballena unas ventajas, que anunciaban las que después obtuvieron.

Desde el año de 1765, Anticost, Rhode-Island y otras ciudades americanas habían armado un gran número de buques. Dos años después enviaron los bátavos ciento treinta y dos barcos pescadores á las costas de Groenlandia, y treinta y dos al estrecho de Davis.

En 1768 Federico el Grande, cuyas miras políticas eran tan dignas de admiración como sus talentos militares, ordenó que la ciudad de Embden equipase muchos buques para la pesca de las ballenas. En 1774 se esta-

bleció en Gushemburgo una Compañía sueca, muy protegida, para enviar á pescar al estrecho de Davis y cerca de la costa de Groenlandia. En 1775 el Rey de Dinamarca concedió algunos buques de guerra á una Compañía establecida en Berghem para el mismo fin. El Parlamento de Inglaterra aumentó, en 1779, las ventajas de que gozaban los que se dedicaban á la pesca de la ballena. En 1784 mandó el Gobierno francés que se armasen á su costa seis buques para la misma pesca, y empuñó á muchas familias de la isla de Nantuckett, muy hábiles y ejercitadas en este arte, para que se estableciesen en Dunkerque.

Los hamburgueses enviaron, en 1789, treinta y dos buques á la Groenlandia y al estrecho de Davis.

Al reflexionar sobre tan grande número de resultados importantes, no debe sorprendernos la atención, los cuidados y multiplicadas precauciones con que se procura asegurar ó aumentar el resultado de la pesca de la ballena.

Los buques que se dedican comunmente á este género de pesca tienen de ordinario de treinta y cinco á cuarenta metros de largo. Se forran con gruesos tabloncillos de encina para que resistan al choque de los hielos. Á cada uno se le dan desde seis á nueve lanchas de algo más de ocho metros de largo, de unos dos metros de ancho y uno de profundidad desde el borde hasta la quilla.

Á cada lancha de éstas se destinan uno ó dos arponeros, que se eligen por su habilidad en herir á la ballena, áun desde lejos, en el sitio que más conviene; de bastante destreza para dirigir la lancha siguiendo el camino de la ballena, áun cuando nade entre dos aguas, y con bastantes conocimientos para calcular el paraje en que el cetáceo levantará la parte superior de la cabeza por encima de la superficie del mar á respirar el aire atmosférico.

El arpon que arrojan es un dardo bastante pesado, triangular, cuyo hierro, de cerca de un metro de largo, debe ser muy suave, liso y afilado por la punta, cortante por ambos filos y con lengüetas en las orillas. Este hierro, ó saeta propiamente dicha, termina en una espiga de cerca de un metro de largo, que entra en un mango muy grueso de dos ó tres metros. Se ata al dardo mismo ó á su espiga la cuerda, que debe ser del mejor cáñamo, sin alquitranarla, para que conserve su flexibilidad, á pesar del frío excesivo que siempre hace en los parajes en que se pesca la ballena. La lanza que se emplea igualmente para esta pesca, se diferencia del arpon en que el hierro no tiene alas ó lengüetas que dificultan sacarla del cuerpo de la ballena, y para que se repitan los golpes con fuerza y velocidad. Tiene ordinariamente cinco metros de largo, y el hierro es poco más ó menos el tercio del largo total del instrumento.

La primavera es la estación más favorable para la pesca de la ballena en los puntos inmediatos al polo. El verano lo es mucho menos. En efecto, el calor del sol después del solsticio, derritiendo el hielo en diferentes sitios, produce aberturas muy anchas en las partes de playas congeladas en que la corteza es menos gruesa. Entonces abandonan las ballenas las orillas de los inmensos bancos de hielo, áun cuando no las persigan. Recorren grandísimas distancias por debajo de estos campos vastos y endurecidos, porque respiran fácilmente en este gran retiro, nadando de abertura en abertura, y los pescadores pueden seguirlos tanto menos en aquellos espacios abiertos, cuanto más fácil es que se estrellen, ó detengan por lo menos, sus lanchas, contra los témpanos de hielo desprendidos que sobrenadan por semejantes parajes.

Es muy raro que la tripulación de un buque solo pueda perseguir al mismo tiempo dos ballenas en medio de los hielos movedizos. En los primeros tiempos de la pesca se arrimaban cuanto podían á este animal ántes de lanzarle el primer arpon; pero algunas veces sucedía que el arponero no la atacaba hasta que la chalupa había llegado encima de la espalda.

Refiere Alberto que en su tiempo, en vez de impulsar los pescadores el arpon con la mano, le lanzaban por medio de una ballesta; y el sabio Schneider hace notar que cuando querían los ingleses alcanzar á la ballena á una distancia mucho mayor que la de diez metros, echaban mano de este último medio, reemplazando la ballesta con un arma de fuego, y sustituyendo el arpon á la bala

de este arma, en cuyo cañon hacían entrar el mango de dicho instrumento.

Los holandeses, como puede verse en nuestro grabado, han empleado también, como los ingleses, una especie de mosquete para lanzar el arpon con menos peligro, más fuerza y mayor facilidad.

Los groenlandeses, semejantes en esto á los que en tiempo de Oppiano pescaban en el mar Atlántico, atan á los arpones que lanzan á la ballena, con tanta destreza como intrepidez, unas especies de odres hechas de pieles de focas y llenas de aire. Estos odres, muy ligeros, no tan solamente contribuyen á que no se pierdan los arpones que se desprenden, sino también impiden que el cetáceo herido se sumerja en el mar y desaparezca á la vista de los pescadores.

Los habitantes de muchas islas inmediatas á Kamtschatka van durante el otoño á pescar las ballenas que frecuentan entonces sus costas. Cuando las encuentran dormidas se acercan sin hacer ruido y les tiran dardos envenenados. La herida, ligera en un principio, ocasiona al animal tormentos insupportables, que le obligan á lanzar mugidos horribles, y según aseguran algunos viajeros, se hincha y muere.

V. C.

EL FAISAN Y EL EPAGNEUL.

(Véase la lámina de la página 269.)

Difícilmente, bajo el punto de vista estético, se hubieran podido reunir con más acierto dos animales tan gallardos, tan hermosos y tan interesantes como lo son los protagonistas de la escena campestre que con tanta realidad representa nuestro grabado.

Por una parte el ave del Faso, oriunda de la Colquida, con su arrogante continente, su tornasolado plumaje, donde se diría que ha llovido el oro y la plata, sus aureolas encarnadas, que sirven á los ojos de marco de grana; su penacho verde metálico, que brilla al sol como la hoja de un puñal de acero bruñido, y su larguísima cola, que á cierta distancia parece la estela que va dejando detrás de sí al cruzar el espacio.

Por otra, un ejemplar de esa magnífica raza de perros llamados *epagneuls*, originarios de España según el nombre lo indica, con sus anchas y colgantes orejas, que pudieran tomarse por dos madejas de rica seda; con sus patas cortas adornadas de flecos iguales á los de las orejas, con su pelo ondulado y suave, con su cola levantada en forma de plumero, y con sus manchas blancas y color de canela.

Estos dos seres vivientes, tan favorecidos por los dones de la Naturaleza, son los que constituyen con su presencia y con sus típicas posturas la verdadera exposición de tan movido cuadro.

En cuanto al nudo, no es por cierto difícil de adivinar ni de describir, dada la verdad que el artista ha sabido comunicar al momento crítico en que se desarrolla el drama.

El faisán es agreste é indómito por excelencia; gusta mucho de habitar en los bosques de las llanuras, pasando la noche en la copa de los árboles, donde duerme con la cabeza debajo de un ala, y el día metido entre espesos matorrales, de esos en que apenas penetra el sol, buscando los granos, las hierbas y los huevos de hormiga, que son para él su regalo y su mejor deleite.

Pero es un ave estúpida en grado superlativo, como ya hemos tenido ocasión de manifestar otras veces al ocuparnos de ella. Si se la caza con galgos y éstos la encuentran, mira fijamente al perro todo el tiempo que permanece parado, dando al cazador el necesario para tirarla á su placer, ó bien esconde la cabeza creyéndose más segura con sólo quitarse de la vista el peligro. Carece de discernimiento, y no calcula por lo tanto la extensión del riesgo que corre, y eso es sin duda lo que ha sucedido al faisán que figura en nuestra lámina. Estaba en el monte bajo, junto á esa viejísima encina, satisfaciendo su voracidad proverbial, cuando el perro pasó junto al árbol, sin que el viento le revelara el lugar del escondite.

Con el hermoso *epagneul* pasó también la inminencia del peligro, pero el faisán, aturdido, arranca su corto vuelo casi á nivel de la cola del perro, y va el muy torpe á

refugiarse en las ramas de unos chopos que ve enfrente.

El perro pára, levantando la mano derecha y ofreciendo con la muestra una actitud de esas que no puede contemplar sin emoción ningún cazador del mundo, por impenetrable y frío que sea su carácter.

El *epagneul* es esencialmente el perro de muestra por instinto, sin que hayamos podido inquirir la causa de habersele quitado su nombre verdadero, llamándole *epagneul* en Francia y *setter* en Inglaterra.

Los terrenos cubiertos de maleza, los sitios de más difícil acceso son para él su mejor campo de batalla, y es de ver cómo rastrea las perdices y cómo persigue á los conejos por setos, atochas y bardales, donde apenas si cabe su cuerpo, sin hacer el menor ruido y sin separar el hocico del suelo.

La angustia que lleva pintada el faisán en sus movimientos, conociendo, aunque algo tarde, la torpeza que ha cometido, y la atención con que se fija el perro en tan hermosa pieza, son indicios bastantes para calcular cuál será el desenlace del asunto tratado con tanta maestría por el dibujante.

El perro no ha ido solo al monte; un cazador que no se ve, pero que se presiente, está en el llano ú oculto detrás de los árboles, y si el grabado, como algunas novelas, tuviera su segunda parte, veríamos el humo del disparo, las plumas del faisán volando por el aire, tal vez mezcladas con la sangre del ave, y al *epagneul*, por último, abandonar su actitud en suspenso para lanzarse bulliciosamente á la carrera á hacer una cobra que ha de engrosar el morral de su afortunado dueño.

J. M. C.

EL MES DE DICIEMBRE.

(Véase la lámina de la página 272.)

Si los años tuvieran, como algunas personas, la cualidad moral de ser demasiado susceptibles, no hay duda que al bajar á la tumba de lo pasado irían, y con razón, llenos de profundo resentimiento hacia nosotros, porque es imposible que haya muertes menos sentidas que las suyas, ni duelo más acompañado de fiestas, de bulla y de jolgorio.

Y es que la humanidad, aficionada por instinto á tomar la revancha, se venga á su manera de las ásperas manifestaciones de un mes ante cuyo nombre huye el sol mirándole muy de soslayo, y con cara de pocos amigos, durante las nueve horas y media que se digna bañar nuestro hemisferio.

Diciembre, con sus cortos y nebulosos días, con su acompañamiento de nieves, de hielos, de escarchas y de ventiscas, no trae consigo más que lloros, como dice Malherbe, y es la representación genuina del frío, palabra horrible que llena el alma de desconsuelo, porque el frío es un agente que paraliza la vida de las plantas y el canto de las aves, el que aumenta el infortunio de los desgraciados que no tienen pan ni abrigo, el que todo lo quema con su contacto como si fuese la lava abrasadora de un volcán, el enemigo terrible, que cuando invade el espíritu empederniza los corazones, matando los impulsos generosos del hombre, y, por último, para completar el cuadro, es el habitante perenne de los sepulcros.

El calor es la esperanza, y el frío es la desesperación: por eso Diciembre desespera y aburre al más flemático de los seres; y tal es la animadversión que contra él se siente, que nos hacemos la ilusión de que cuando él ha pasado, ha pasado también lo crudo del invierno, siendo así que apenas ha comenzado, creyendo, con la insensible prolongación de los días y con las entradas de año, que está cerca la estación florida, que la nieve es menos consistente, más benigna la lluvia, y no tan crueles ni tan mortíferos los remusguillos que bajan retozando por las mañanas de las blancas cumbres donde suelen pasar la noche.

¡Pura ilusión! volvemos á repetirlo; pero después de todo, de ilusiones nos alimentamos, y ellas constituyen la base, por no decir la esencia de nuestra vida.

Los campos están medio anegados en una parte y endurecidos en otra; así es que fuera de la marga y del abono, se reducen las faenas agrícolas á cavar las viñas en los días buenos, podando las cepas y plantando barbados y estaquillas; á moler la aceituna cosechada, y á cortar

del monte la leña que ha de alimentar el fuego del hogar, en torno del cual se sienta la familia del labrador entre montones de sarmientos secos y matas de romero, que van de vez en cuando á reavivar las llamas de aquel foco de luz y de alegría.

Los agricultores deberían aprovechar las veladas de Diciembre para hacer sus cuentas y balances, porque la Agricultura, rama importantísima de la Industria, debiera estar sometida á las reglas de la contabilidad. Desgraciadamente, en España no sucede así. Pocos labradores tienen la buena costumbre de calcular cada año los gastos y los ingresos para conocer con exactitud sus pérdidas y productos, penetrar las causas y buscar los medios de aumentar los unos y disminuir las otras. Funesta negligencia, que contribuye poderosamente á hacer de la agricultura una especulación aleatoria, cuando ha de ser una ciencia racional, basada en principios ciertos, que no varían sino bajo la influencia de agentes exteriores, únicos que el hombre no puede dominar por completo.

En huertas y jardines todo se vuelven planes y preparativos para cuando regrese el buen tiempo, y la única gala que se nos ofrece en floricultura consiste en los jacinthos, en los tulipanes de olor y en las tímidas violetas, que abren sus hojas y dejan escapar su perfumado aliento al sentir los rayos solares en las comarcas meridionales de España.

Allí, en aquella region privilegiada, donde aún se tiran pájaros que no han emigrado todavía, hemos asistido á brillantes monterías en las fragosidades de la Sierra Morena, tapizadas de fresca hierba, cubiertas de árboles que no habían perdido su revestimiento de hojas, y presentando á la vista paisajes y panoramas que, á no ser por lo corto de los días, en nada revelan la crudeza desagradable del invierno. Abundan los ciervos y los jabalíes, sobre todo en las vertientes que bajan hácia las campiñas del Santo Reino; las perdices y otras aves atruenan el aire con su ruidoso vuelo, y no faltan chochas que van luego á avalorar el banquete que por la noche se celebra bajo la anchísima campana de la rústica chimenea, guarnecida con los embutidos de la reciente matanza.

Demos á cada cual lo que le corresponde, y hagamos justicia á Diciembre diciendo que es un gran mes para monteros y cazadores, y el mejor del año, por supuesto, para todos los que trafican en géneros de comer y de beber, porque el orbe católico celebra con delirante júbilo el Nacimiento del Divino Redentor del mundo.

De las granjas y caseríos campestres salen ejércitos de volátiles que inundan los mercados, aguardando la para ellos triste suerte de ser pasados á cuchillo; la imperial Toledo expide á millares sus famosos mazapanes, que se juntan en el camino con las confituras de Galicia, las mantecadas de Astorga y los polvorones de Sevilla. Las frutas de Málaga, de Aragon y de Valencia viajan en compañía de los dulces granadinos y de las aceitunas sevillanas: los pueblos de la Sierra Nevada dan salida á sus exquisitos jamones, que al saludar á su compañera la cecina extremeña, se encuentran con los mejores besugos y pajeles de la costa cantábrica; presentes y regalos de toda clase se cruzan en calles y plazas; el rabel, la zambomba y el pandero han empezado á sonar desde que vino Santa Lucía, y llegan con sus *acordes* hasta el paroxismo durante la Noche Buena, haciendo sön para que los chicos bailen junto al Nacimiento, ó acompañando los villancicos que se entonan ántes de la cena, ó bajo las bóvedas del templo donde se celebra la Misa del Gallo.

¡Noche sublime! ¡Bendita Noche, que eres gloria, origen y punto de partida de nuestra santa religion, complaciéndote, como madre amorosa, en reunir bajo tu regazo á los corazones que laten á impulsos de un mismo sentimiento! Noche que pinta tan gráficamente el poeta cuando dice:

Recuerda en la borrasca sus lares el marino,
Las sendas ya pasadas el viejo peregrino,
Sus glorias el guerrero, sus risas el amor.
Las ilusiones idas el corazon doliente,
El huérfano su casa, la vírgen al ausente;
Su libertad el siervo, sus trovas el cantor.

La explosion de gozo que estalla al conmemorar la Iglesia el que sintieron hace mil ochocientos setenta y nueve años los rústicos pastores de Belen, y que no cesa

hasta pasada la visita de los Reyes Magos, tiene, sin embargo, un punto de tristeza que la oscurece, y que marca la última campanada de las doce en la noche de San Silvestre. Un estremecimiento involuntario nos conmueve al recordar que acaba de doblarse una hoja más de las pocas que tiene el libro de la vida, y que avanzamos sin remision en la senda que conduce á la eternidad.

Al hundirse en ella el mes de Diciembre actual, y con él el año que ya muestra el extertor de la agonía, nos llega un hecho que basta por sí solo para hacer funesta su memoria.

Al referirnos á una gran desdicha, apénas si hay necesidad de nombrar los campos de Almería, las ántes feraces huertas de Murcia, y las hoy desoladas comarcas alicantinas.

¡Funesta huella has dejado allí, triste año de 1879, y quiera el cielo que no sea tan inclemente el de 1880, fertilizando aquel yermo con los mejores rayos de su sol, unido á ese otro astro que todo lo vivifica con su presencia y que se llama la caridad cristiana.

C. T.

LA GAMUZA.

Este animal, conocido tambien con los nombres de *rebeco* ó *sarrio*, es el *Antilope Rupicapra* de Linneo.

Se le encuentra en los Alpes más elevados de Austria, Suiza, Tirol, Baviera, Transilvania Stiria, en los Pirineos de España, y en otros puntos del interior. Elige siempre como residencia las fmesetas de las montañas más escabrosas pero abundantes de pastos.

Sus dimensiones y figura son como las de una cabra doméstica, pero se diferencia de ésta en que sus cuernos son negros, arrugados por la parte inferior, lisos por la superior, en forma de gancho, con la curvatura hácia la parte posterior, de nueve pulgadas de longitud en los machos y seis en las hembras. Su cuerpo es más robusto y su figura más bella que la cabra doméstica; sus pezuñas, más estrechas y de forma más regular que en esta última. Su peso es próximamente de 30 á 35 kilogramos.

El color de la gamuza es castaño oscuro, que tira á negro; pero se ven algunos ejemplares, aunque raros, de pelo blanco ó manchado. La frente, garganta y la parte inferior del cuerpo son blanquecinas.

El pelo de invierno es del mismo fondo que el de verano, pero más largo y con tendencia á gris.

La gamuza vive en *grey*, formando grandes grupos ó familias, y por esta razon puede ejercer la más exquisita vigilancia para atender á su conservacion. Tan pronto como un individuo percibe el menor peligro ó siente algun ruido sospechoso, produce un sonido á modo de silbido, que disuelve el grupo en el instante. Cada individuo desaparece por donde puede, con la mayor celeridad posible, bien encaramándose por los riscos más elevados, ó bien despeñándose por las rocas más inaccesibles para sus enemigos, y no se vuelven á reunir hasta tanto que el peligro haya desaparecido.

Únicamente los *rebecos* más viejos viven siempre alejados de la familia, buscando á las hembras por Noviembre y Diciembre, en que se declara su celo.

La gamuza se alimenta de todas las plantas de las regiones alpinas, de yemas, musgos y líquenes. Estas reses salen al pasto por la tarde, y con el crepúsculo de la mañana se retiran al abrigo del monte, ó á las querencias que tienen en la region de las nieves, para reposar durante el día; y no abandonan estos sitios sino cuando se ven muy obligadas, bien por la caída de mucha nieve, por un frío excesivo, ó por falta de alimento; en estos casos bajan á los montes menos elevados, en que la temperatura es más apacible, á esperar que el tiempo sea propicio para verificar de nuevo la ascension á sus lares predilectos.

En la época del celo el *rebeco* despiden un olor repugnante y fuerte, y pelea con sus congéneres para obtener el derecho de señorío sobre las hembras.

Á las veintiuna semanas de haber sido cubierta la gamuza pare uno ó dos hijos, que no abandonan á la madre hasta el nuevo celo, en que se unen al grupo del cual ella forma parte.

La carne de estas reses es muy dura, si son viejas; la

de las jóvenes es tan parecida al cabrito, que siempre por tal la he comido. El saín es muy apreciado para emplastos y para fabricacion de bujías.

La piel de la gamuza es excelente, y por su elasticidad, muy buscada para prendas de vestir.

Estas reses se cazan generalmente á rececho. El cazador de gamuzas ha de ser un hombre especial, fuerte á toda prueba, capaz de soportar todas las fatigas consiguientes á una profesion que tiene por teatro un terreno sembrado de peligros y de dificultades materiales: ha de ser valiente para arrostrar éstos, y duro para aquéllos; necesita que su cabeza no sea propensa al vértigo, vista clara y potente, excelente pulmon, ser sóbrio, de gran fuerza muscular, de firme voluntad y muy buen tirador.

El arma que se emplea es una carabina rayada de corta dimension, pero muy precisa y de un alcance de 300 metros por lo ménos.

El cazador de los Alpes sale en busca de las gamuzas y empieza por despedirse para una ausencia de una semana muchas veces. Durante este tiempo duerme y come en los *Senne*, ó albergues que tienen los vaqueros que residen durante el estío en la alta montaña.

Si llega á divisar algun grupo de gamuzas, generalmente se hallan éstas al otro lado de algun barranco ó desfiladero del sitio donde se encuentra el cazador. Entónces tiene que bajar al valle, para empezar de nuevo la ascension, que muchas veces dura más de tres ó cuatro horas.

Llegando á terreno jurisdiccional de las reses, empieza una serie de ardidés y precauciones, de que no se da cuenta más que el que se ha dedicado algun tiempo á este género de caza. Bien cubierto del viento, marchando casi á rastra, atisbando en la direccion que cree que están las reses, pues en el trascurso de tres horas que ha podido tardar desde que las vió hasta el momento en que ha entrado en su terreno, es fácil y más que probable que se hayan corrido en busca del pasto. Muchas veces ocurre que despues de haber sufrido las fatigas producidas por la ascension, no encuentre las reses en el sitio donde las supone; entónces sale á los riscos más avanzados de la montaña donde se encuentra, para atalayar de nuevo.

En este segundo período emplea todo género de ardidés para llegar á tiro, y si no lo consigue, comienza otra vez, hasta conseguir matar una res. Una vez muerta, le saca el bandullo y carga con ella, metiéndola en un inmenso zurrón que llevan á la espalda, y descendiendo al valle para tratar de venderla.

La mayor parte de los cazadores de gamuzas cazan en los terrenos que tienen arrendados á este fin; y ¡desgraciado del cazador intruso en terreno ajeno! porque por cada intrusion aquellas montañas tienen que añadir un nuevo drama al catálogo de desgracias que se registran anualmente. Fuera de la vigilancia de las autoridades, aquellas regiones están sólo custodiadas por los cazadores arrendatarios de la caza, que siendo celosos de su propiedad, no admiten participacion en sus derechos; así que cuando encuentran algun cazador furtivo en sus pertenencias, sin previo aviso le envían una bala. Á veces sucede que los dos cazadores se divisan á grande distancia; entónces ambos tratan de ganarse la mano en tirar, y ponen en juego todas las astucias de que son capaces á este fin. ¡Infeliz del que por un descuido presenta un blanco del tamaño de la palma de la mano! Aquel no vuelve á su hogar, y será con seguridad pasto del gran buitre de los Alpes, el terrible *Gypaëtus barbatus*, llamado quebrantahuesos. La muerte de un cazador en los Alpes siempre es atribuida á accidentes desgraciados, sin que nadie se atreva á suponer que haya ocurrido por encuentro con otro cazador, tanto más, que allí es difícil hallar pruebas para hacer una acusacion. Los buitres y otros animales se encargan de borrar la menor huella de un crimen.

TORRE AYLLON.

CARRERAS DE LIEBRES CON ESCOPETA EN NAVARRA.

Una de las cacerías que más se hacen en Navarra, especialmente por los cazadores de Pamplona, Olite, Tafalla y Puente la Reina, es la de correr liebres á caballo.



EL FAISAN Y EL EPAGNEUL.

No creemos que, excepto en dicha parte de España, sea conocido este género de caza, ó por lo menos que cuente con gran número de aficionados. Preciso es reconocer que pocas provincias se prestan mejor á este ejercicio cinegético que el antiguo reino de Navarra, á causa de la disposición especial del terreno que lo constituye. Hay allí elevadas montañas, valles extensos, laderas admirables y llanuras abundantes de caza, accidentadas por bosques de olivos y feracísimos vidueños, debiendo añadir que la comarca produce esos caballos navarros de poca alzada, vivos, ardorosos, cuya rápida carrera pudiera compararse á la del viento, y que son, por lo tanto, maravillosos auxiliares para correr y perseguir á la liebre.

Todo, pues, se combina para aumentar los atractivos de esta caza especial, que es la pasión de los Nemrods pamplonenses, y á la que no titubean en dedicar muchos días del año. El Círculo de Cazadores de la Plaza de la Constitución mantiene á sus expensas jaurías de galgos, costeando monturas y todos los pertrechos y enseres de montería, como se haría en el sostenimiento de trenes reales de caza.

En los primeros días de Octubre del año último se verificó una de esas cacerías, cuyo recuerdo permanecerá largo tiempo en la memoria de los habitantes del país. Vienticinco cazadores, pertenecientes á las familias más distinguidas de la provincia, en unión de sus caballos ensillados y enjaezados á propósito para la expedición, y de un número igual de criados destinados á hacer los ojeos, se reunieron en la plaza del Palacio de Olite, que era el punto de la cita. Cazadores, criados, caballos y perros llenaban la pequeña plaza, delante de la cual se alzan majestuosamente las ruinas del inmenso y magnífico castillo de la reina Blanca, residencia de los antiguos soberanos de Navarra.

La salida de los expedicionarios debía verificarse á las tres de la madrugada; los criados que iban á desempeñar las funciones de picadores habían marchado la víspera por grupos de cinco ó seis en las diversas direcciones que se trataban de explotar para obligar á las liebres á salir de sus camas, ó impedir que volviesen á ellas. Conviene en este género de cacería recorrer de antemano la vasta llanura que se extiende desde las márgenes del Ebro, en dirección de Tudela, hasta Puente la Reina, por un lado, y Tafalla y Olite por otro, es decir, un terreno de cerca de ocho leguas de circunferencia, en el que se encuentran laderas cubiertas de viñas y de olivos, bosquecillos de pinos y espesos matorrales que se dilatan por campos mitad cultivados y mitad incultos, donde encuentra la liebre seguras, cómodas y numerosas guaridas.

Proponíanse nuestros cazadores dividirse entre sí este inmenso espacio, con intento de no dejar ni el menor rincón inexplorado; y en su consecuencia, bien equipados, bien armados y jinetes en sus caballos de carrera, formaron cinco grupos, tomando cada uno la dirección convenida y dispuesta anticipadamente por el director de la cacería, D. Felipe Amorino, uno de los veteranos del Círculo de la plaza de la Constitución, y que pasaba, á justo título, por el más hábil y el más perito en esta clase de expediciones cinegéticas.

El primer grupo se dirigió hácia el lado de Puente la Reina, vigilando la campiña de este pueblo y del de Olite. El segundo y el tercero fueron junto al Ebro para guarnecer toda la línea derecha del terreno que se iba á ojear, mientras los dos restantes ocupaban en las cercanías de Tafalla la línea izquierda del terreno referido.

Á las cinco de la mañana, y á los ecos del cuerno que anunciaba el apogeo de la batida, los cinco grupos entraron, cada uno por su lado, en el inmenso recinto que acabamos de describir, al rápido galope que toman los caballos navarros en su vertiginosa carrera. En menos de diez minutos toda la llanura que se extiende frente de Olite se vió cruzada, en diversos sentidos, por nuestros intrépidos monteros y por los ojeadores. Desde lo alto de las murallas de la antigua residencia Real se veía aparecer á los cazadores en la dilatada llanura como puntos negros que corrían con la rapidez del relámpago. Hubiérase creído, al seguir las curvas de sus caprichosos giros, que ejecutaban una fantasía árabe, si los disparos que retumbaban en el espacio no hubiesen indicado que se trataba de una matanza en toda regla de animales agrestes.

En la caza de correr liebres, que tiene la apariencia de efectuarse á la casualidad y según place á cada uno de los que en ella toman parte, se procede, por el contrario, con una estrategia basada en reglas bien precisas y terminantes. Por ejemplo: cuando un grupo va tras las piezas que han levantado los ojeadores y que persiguen los perros, no sale nunca del recinto que le ha sido designado, ni abandona su línea de batida para invadir la del grupo inmediato; prescripción de las más esenciales de este género de caza.

La liebre perseguida lleva siempre, por consiguiente, en pos de sí un número igual de tiradores, que concluye por burlarse de sus astucias y sus evoluciones, toda vez que nunca la pierden de vista, verificándose entónces una de esas carreras desenfrenadas en que los hombres, los perros y los caballos hacen ostentoso alarde de su agilidad, de su valor y de su destreza. Montado en su caballo y con la escopeta en la mano, el cazador va detrás del animal, sigue á los perros ó los adelanta, según sea la posición que ocupe en el recinto, y cuando tiene á la liebre á su alcance, la tira, errándola muy raras veces. La previsión del cazador consiste en saber apostarse bien y en herir al animal en el momento oportuno de su carrera.

Jamás se apunta á la pieza sino cuando va al lado ó delante del cazador, y nunca cuando se presenta de cara. El tiro es más seguro en los dos primeros casos; los caballos ejercitados lo comprenden así, tan bien, que ellos mismos se avanzan en seguimiento de las liebres, si las llevan delante ó á los costados, pero no si tropiezan con ellas de frente.

La cacería de que nos ocupamos no languideció, ni decayó un solo momento durante ocho horas, en las que no cesaron de oírse las detonaciones. Á las cinco de la tarde se oyó el sonido del cuerno dando la señal de retirada. Inmediatamente se reunieron en el centro del valle formando círculo los cazadores y las jaurías, dirigiéndose el cortejo á Olite, donde entró con los honores del triunfo en medio de los vecinos del pueblo, de los curiosos y de los aficionados de los alrededores, que salieron fuera de las murallas á saludar á los expedicionarios.

Hecha la cuenta del resultado de la cacería, se vió que habían muerto setenta y seis piezas, sin contar, por supuesto, las que los ojeadores olvidan de propio intento en las malezas, y que luégo van á buscar en su beneficio á las altas horas de la noche.

Un banquete siguió á la partida de caza, prolongándose hasta las primeras luces del alba, hora en que cazadores, perros y caballos volvieron á sus casas respectivas á reposar y adquirir fuerzas para otra expedición inmediata.

H. CASTILLON (d'Aspet).
(París.)

CACERÍA EN EL COTO DE VIÑUELAS.

Hay en la jurisdicción de Madrid un preciosísimo monte, de once mil fanegas de tierra, cercado por una tapia de cuarenta kilómetros de extensión, y mucho más poblado que la coronada villa, si los habitantes de la corte de España no toman á mal el ser comparados en número con los gamos, los conejos y las perdices que animan y embellecen el coto de Viñuelas. A esta magnífica posesión vamos á trasladar á nuestros lectores, en menos de la hora y media que empleamos nosotros desde el palacio de su opulento propietario el Sr. Marqués de Campo, á quien debimos hace pocos días la delicada atención de convidarnos á una suntuosa cacería, memorable entre cuantos tuvieron la fortuna de concurrir á ella.

Algunos minutos ántes de las dos de la tarde del día 14 de Noviembre llegamos al palacio del Sr. Marqués de Campo, en Recoletos, creyendo habernos anticipado á la hora de la cita, y ya nos encontramos allí en tren de marcha y traje de monte á los señores Duque de la Torre, O' Lawlor, Marqués de Ahumada, Albareda, Baron de Córtes, Danvila, Conde de Muguero, Cánovas del Castillo (D. Emilio), Conde de la Puebla, Leon, Baron del Castillo de Chirel y Gutierrez de la Vega, á quienes recibía con afabilidad venatoria el citado Marqués de Campo, y repartía cigarros su sobrino D. José de Campo Maicas.

¿Cuál era la causa de esta anticipación á la hora de la

cita, cosa tan desusada entre españoles? Una muy sencilla: que se trataba de una fiesta de caza, y que todos los convidados eran entusiastas cazadores. Añádanse á esto los atractivos que tienen las cacerías dadas en Viñuelas por el Sr. Marqués de Campo.

A las dos en punto de la tarde partió la numerosa comitiva en cómodos y elegantes trenes de campo, y á las tres y media era recibida en el coto de Viñuelas por los guardas montados y de á pié, que en correcta formación le hacían los honores venatorios en la linde del monte. Media hora después había corrido los siete kilómetros más que dista el Castillo, donde fué recibida por la servidumbre al toque de campanas é izadas en los torreones las banderas de los cuarteles de la posesión régia, nuevamente mejorada; porque estos montes, propiedad no hace muchos años de la Corona, son un visible ejemplo de lo que pueden ser estas magníficas fincas bien dirigidas y entretenidas por peritos cazadores.

El largo rato que los convidados consagraron, desde los alrededores del Castillo, en contemplar el monte y en visitar los departamentos de cría y propagación de animales domésticos de varias clases, y los testimonios de admiración que dieron á su propietario, prueban al señor Marqués de Campo que no hay otro que le iguale en toda la redondez de España.

Pero la admiración creció de punto al entrar en el Castillo, ricamente adornado de seda y tapicería y de cuanto ha inventado el lujo moderno, y espléndidamente alumbrado por centenares de bujías.

Una vez repartidas las tarjetas de los cómodos y elegantes dormitorios, los cazadores se retiraron á sus habitaciones respectivas á vestir el frac y la corbata blanca, para entrar dignamente en aquellos salones, hojear los álbums y revistas ilustradas de Europa en el precioso gabinete de lectura, visitar las salas de recreo, y presentarse últimamente en el comedor á disfrutar de un verdadero banquete regio.

Como que escribimos para todos nuestros camaradas, ya sean ricos venadores de la corte ó modestos cazadores de aldea, queremos ofrecerles el cuadro que presentaba la citada comitiva en el magnífico comedor del Castillo de Viñuelas, comiendo en labrada vajilla de plata la picante y sabrosa sopa de tortuga á la inglesa.

Figúrense nuestros lectores á las personas nombradas, alrededor de una mesa espléndida, que si bien vestían, cual queda dicho, el traje de sociedad que las circunstancias del palacio exigían, como cuando son ministros, senadores ó diputados en banquete diplomático, no se habían despojado del donaire marcial de cazadores; contando cuentos de caza, que equivale á decir soñando sueños fantásticos, y comprenderán el placer inmenso con que todos alegraron al que es de suyo tan placentero cazador como el Sr. Marqués de Campo, mientras comieron, ó por mejor decir, devoraron la siguiente comida, que no presentamos para envidia de los cazadores de migas y pan y queso, sino como fieles historiadores del caso:

«VIÑUELAS.—Diner du 14 Novembre 1879.—Menu: Potages: Tortues à l'Anglaise, Consommé printanière à la Royale, Hors d'œuvre. Bouchés Monglas. Relevé: Saumon sauce genevoise. Entrées: Côtelettes de chevreuil, sauce poivrée. Rosbif garni de lactues. Roti: Becasses sur canapé. Salade: Legumes, Asperges sauce au beur, Haricots verts liés. Desserts: Charlotte de pommes. Gâteau Cussí. Glace à la vanille. Vins: Manzanilla, Chateau Margaux, Iquen, Romané, Hermitage blanc, Champagne, etc.»

Aquella noche fué consagrada al juego del tresillo por unos, á los proyectos de caza por otros, y por todos á rogar al opulento y generoso Castellano de Viñuelas que suprimiera tanto lujo en la mesa y en el alumbrado, siquiera, ya que en la ornamentación y bienestar del palacio no era posible, porque tantos encantos y tanta seducción amenguaban las fuerzas y la energía que eran menester para correr con agilidad y soltura aquellos amenísimos bosques.

Al despuntar la aurora del día siguiente, y al toque de las bocinas, cazadores y monteros se pusieron en marcha, unos á pié, otros á caballo, y los que preferían más comodidad, en coches, y todos fueron á ocupar sus puestos para la primera batida de reses. Dos gamos que entraron al Sr. Marqués de Campo, como en són de queja por la

agresion que se les preparaba, pagaron con sus vidas tanta osadía.

Después de la cacería hemos sabido por el mismo señor Marqués de Campo, que al siguiente día se encontró muerto otro gamo, que hizo saltar de un balazo el Sr. Gutierrez de la Vega, á la vista de los señores Baron de Córtes y Baron del Castillo de Chirel.

El haberse acordado por mayoría dedicarse á las perdices y á los conejos, y el haber errado sus tiros los que dispararon á las demas reses que aquel día y el siguiente entraron en los ojos de caza menor, hizo que no aumentase el número de los gamos muertos, siendo más de doscientos el de las piezas que constituyeron el galardón de la memorable cacería.

Conocido el *menu* de la primera mesa, fácil es adivinar el que se serviría en las dos comidas y en los dos almuerzos que se devoraron en los dos deliciosos días, que quedarán por siempre grabados en la memoria de tan afortunados cazadores.

Cazar en un bosque inmenso, cercado con muralla de piedra, aguardando en un puesto en cómodo sillón de mimbres; ver cruzar por docenas la reses y por centenares los conejos y las perdices; ir y venir en coche ó á caballo; tener por albergue un palacio, y por mesa un banquete de príncipes, sería en Alemania y en Inglaterra privilegio de muy pocos señores; porque es sacar, en dulcísimos placeres venatorios, el premio á un capital de doce millones de reales, que es lo que valen hoy el suntuoso Castillo y los deliciosos montes de Viñuelas.

¡Dichoso el mortal que en España puede obsequiar así á sus amigos!

A. T.

HIGIENE DEL CAZADOR.

LA BEBIDA.

Bajo este título vamos á comprender todo lo que se refiere á la sed, ese gran enemigo del cazador. Enemigo, sin embargo, del que puede defenderse con facilidad, con tal de que quiera hacerlo. Querer es poder.

El agua es un elemento de primera necesidad para los usos de la vida, hasta el punto de que más de la mitad de los hombres que existen en la tierra no beben más que agua.

Esta sustancia admirable obra en nosotros como digestivo y tambien como alimento, porque prolonga los días de los infelices privados de otra nutrición.

Su principal objeto es calmar la sed y reemplazar el líquido que nuestro cuerpo pierde continuamente por el sudor, por la respiración y por todas las secreciones. Para apagar la sed es preciso beber el agua á sorbos, pues de este modo refresca y entona más; todos los cazadores saben que bebiendo con una paja apagan la sed mucho mejor que bebiendo de un tirón diez vasos.

Sin embargo, no debe perderse nunca de vista que tanto como el agua es de gran utilidad, siempre que se usa juiciosamente, es tanto más perjudicial cuando se abusa de ella. La imprudencia en semejantes casos puede producir la muerte.

¿Tenemos necesidad de repetir que beber en ayunas ó después de algun ejercicio muscular que ha producido el sudor, puede ser causa de graves accidentes? Estas son verdades tan palmarias, que creemos inútil probarlas.

En los climas calurosos, en los nuestros en verano, cuando el exceso de calor quita el apetito, impide las digestiones, un poco de hielo mezclado con las bebidas obra como tónico. Sin embargo, el hielo, la mayor parte de las veces, es más perjudicial que provechoso.

Muchas son las preparaciones que pueden emplearse con más provecho que la citada anteriormente, como, por ejemplo, la formada con agua, á la que se hayan mezclado treinta gramos de aguardiente por litro, ó vinagre, si no se tiene á mano aguardiente. Esta es una bebida sana, tónica y refrescante, con tal de que no se abuse de ella.

Tambien se puede usar, sin peligro, de agua aromatizada con una infusion estimulante de menta ó manzanilla, en las proporciones siguientes: por cada medio litro de agua hirviendo, un polvo de menta ó seis flores de manzanilla; se deja enfriar y se añade después medio litro de agua fría.

Tampoco debe olvidarse el café y los excelentes efectos que puede producir durante los grandes calores del estío, sobre todo cazando en el Mediodía de España. En este caso el café es una bebida tónica absolutamente indispensable.

«Sin el café, dice Bouchardat, la Argelia sería inhabitable.»

En los países cálidos y templados, mientras dura el verano, el café puede servir para preparar lo que se llama *tisana de café*, es decir, la mejor bebida conocida.

Esta se prepara del siguiente modo: Se muele el grano lo más finamente que se pueda; se hacen hervir ocho onzas en un recipiente cerrado, en diez á quince litros de agua por kilogramo de café; se endulza con azúcar y se añade una ligera proporcion de aguardiente.

Esta bebida fría, tomada á razon de un vaso ó dos cada dos horas, fortifica los músculos, disminuye la transpiración, y al contrario de todas las demas bebidas, entona los órganos digestivos, que están dispuestos por su atonía á sufrir ataques de colerina y disentería.

No sólo el café produce sus buenos efectos durante los calores, preparado en tisana, sino el té, el cual presta el mismo servicio con las mismas ventajas.

La infusion de té negro produce siempre una excitación general más ó menos duradera, dando á los miembros cansados nueva energía.

Es un hecho probado por la experiencia que en verano, mientras se sienten los más grandes calores, la mejor bebida para refrescar, para quitar la fatiga, es una buena taza de té negro muy caliente. La fuerza, la actividad suceden al abatimiento, al cansancio, y esto sin ningun malestar. Para que sus efectos sean más pronto, se añaden al té caliente algunas gotas de ron ó aguardiente. Por supuesto que no debe ponerse por litro de agua hirviendo más que ocho á diez gramos de té.

Igualmente es muy útil el empleo de tres partes de jarabe de limón ó naranja y una de ron. El movimiento sencillo del cuerpo cuando se lleva en una calabaza basta para mezclar estos dos líquidos, que no altera el calor.

Cuando se llega á orillas de una fuente, algunas gotas de esta composicion en un vaso de agua, la convierten en una bebida agradable y sana.

Si la afición de la caza os ha llevado más lejos de lo que queriais en el campo; si os habeis visto obligados á buscar un albergue para descansar en alguna casa aislada, un vasito de aquella composicion, mezclada con agua bien caliente, constituye un excelente grog que facilita la digestion.

C. V.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá, perro viejo
Lebel, en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
Á colmillo y á cuerno su pellejo,
Seguía á un jabalí, sin esperanza
De poderlo alcanzar; pero, no obstante,
Aguzándolo su amo á cada instante,
Á duras penas *Mustafá* lo alcanza.
El cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y así su resistencia no le deja
Cebat al perro su cansado diente:
Con airado colmillo lo rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El cazador, furioso,
Reniega del lebel y de su raza.
—Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
Mas di, *sin Mustafá* ¿cuándo tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
En tu casa de abrigo y de trofeo?
Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡Oh suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
¿Mas para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Fernando Soriano, contra los Sres. Marqués de Peñafior, Vizconde de Bahía-Honda y don Antonio Soriano.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y seis tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, D. Fernando Soriano, contra los Sres. D. Fernando Heredia, Vizconde de Bahía-Honda, don Antonio Soriano, D. Santiago Udaeta y Marqués de Peñafior.

La tercera piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Santiago Udaeta, contra los Sres. D. Fernando Heredia, D. Fernando Soriano, D. Antonio Soriano, Marqués de Peñafior y Conde de Gomar.

La cuarta piña, igual á las anteriores, y de cinco tiradores, la ganó, matando seis de ocho tiros, D. Fernando Soriano, contra los Sres. Marqués de Peñafior, D. Fernando Heredia, D. Santiago Udaeta y Conde de Gomar.

La quinta piña, á 22 metros, de una carambola y cuatro tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Fernando Heredia, contra los señores D. Fernando Soriano, D. Santiago Udaeta y Conde de Gomar.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y cinco tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Fernando Soriano, contra los Sres. D. Fernando Heredia, D. Santiago Udaeta, Vizconde de Bahía-Honda y Conde de Gomar.

La séptima piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y cinco tiradores, la ganó, matando tres de cuatro tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Fernando Heredia, D. Fernando Soriano, D. Santiago Udaeta y Conde de Gomar.

La octava piña, igual á la anterior, y de seis tiradores, la ganó, matando siete de siete tiros, el Conde de Gomar, contra S. M. el Rey y los Sres. D. Fernando Heredia, D. Fernando Soriano, D. Santiago Udaeta y Duque de Huéscar.

La novena piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, el Conde de Gomar, contra S. M. el Rey y los señores don Fernando Heredia, D. Fernando Soriano, D. Santiago Udaeta y Duque de Huéscar.

La décima piña, á 22 metros, de una carambola y seis tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, S. M. el Rey, contra los Sres. D. Fernando Heredia, D. Fernando Soriano, D. Santiago Udaeta, Conde de Gomar y Duque de Huéscar.

La undécima piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y cinco tiradores, la ganó, matando siete de siete tiros, D. Fernando Heredia, contra S. M. el Rey y los Sres. D. Santiago Udaeta, Conde de Gomar y Duque de Huéscar.

La tirada terminó á las cinco.

GACETILLA.

CIRCULAR SOBRE CAZA Y PESCA.—El Gobernador de la provincia de Albacete dirigió una circular á los alcaldes para que, puestos de acuerdo con los respectivos curas párrocos, se fije y conserve en el pórtico de cada parroquia y en el del Ayuntamiento el siguiente aviso, que reproducimos por la importancia que tiene para la agricultura:

Gobierno civil.—Este anuncio se fija aquí en obsequio de los campos, de sus frutos y de la caza y pesca.

Erizo.—Se alimenta de insectos, gusanillos, limazas y larvas y otros muchos animales perjudiciales á la agricultura.—No mateis los erizos.

Topo.—Destruye sin cesar los gusanos, larvas é insectos dañinos. No se alimenta de vegetales. Hace más beneficio que mal.—No mateis los topos.

Sapos.—Ayuda de la agricultura, destruye de 20 á 30 insectos por hora.—No mateis los sapos.

Moscaldones, abejorros y sus larvas.—Enemigos mortales de la agricultura, ponen de 70 á 100 huevos.—Matad á estos animales.

Nidos.—No los cojais para destruir sus huevos, porque matais tanto al pájaro, que limpia de insectos vuestros campos, como al que viene con sus cantos á alegrarlos. Pocas provincias como ésta habrán conocido más la benéfica intervencion de los pájaros para devorar la langosta en estado de mosquito, cual lo han afirmado los Ayuntamientos de Albacete y la Roda. Después, disminuís vuestra caza de perdiz y codorniz.—No destruyais los nidos.

Peces.—No enturbieis vuestros rios y manantiales con cal: envenenais sus peces y sus crías y os faltará después la pesca.—No echéis cal á los peces.

TIRO DE PALOMAS EN VALENCIA.—El día 16 de Noviembre se inauguró en la hermosa ciudad del Turia el tiro anunciado por la Sociedad «Casino de Cazadores», en el cauce del rio, en el trozo comprendido entre el puente del ferro-carril y el punto frente á la iglesia de Monte-Olivete.

Ocupaba la presidencia el Sr. Cubells, que lo es del Casino, el alcalde Sr. Pueyo, el Sr. Presidente de la Sociedad de Agricultura y varios convidados, que sentados en largos y cómodos divanes, presenciaron el tiro, muy concurrido por cierto.

La música de Veteranos amenizó el acto con escogidas piezas, y los señores de la Junta directiva obsequiaron á los convidados con dulces y escogidos licores.

La concurrencia fué grande, aun á pesar de lo desapacible de la tarde, y la mayor parte de los palomos muertos

fueron cedidos por los tiradores á los Asilos de caridad. De aplaudir es esta determinacion que favorece á los pobres que reciben la gracia, y honra á los cazadores que la llevan á efecto.

MANUAL DEL CONDUCTOR DE MÁQUINAS TIPOGRÁFICAS.—La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada acaba de enriquecerse con un libro más, y es el 20 de los volúmenes que lleva publicados, cuyo título es *Manual del Conductor de máquinas tipográficas*, tomo II, por el distinguido tipógrafo D. Luciano Monet, ex-regente de la imprenta de J. Claye, en París, encargado actualmente de la impresion de la *Ilustracion Española y Americana*.

GUERRA Á LAS LIMAZAS Y CARACOLES.—Un cultivador del gran ducado de Hesse pretende haber descubierto, por casualidad, el modo de librarse de la plaga de limazas y caracoles que tanto daño hacen á los campos, huertos y jardines, en días húmedos. Consiste simplemente en esparcir por el suelo varias zanahorias, á las cuales acuden con preferencia. Por este medio logró recoger, en el espacio de un metro cuadrado, unos 480 caracoles y limazas. Pueden recogerse al anochecer de los días húmedos y emplearlos para alimentacion de las aves de corral, ó matarlos en agua con un poco de ácido-clorhídrico (sal fumant). Las cortezas de melon y los pedazos de pan mojado dan análogos resultados.

PALOMAS MILITARES.—Los diarios profesionales franceses publican algunas noticias sobre la organizacion de los palomares militares creados para suministrar, en caso de guerra, un medio de correspondencia cuyas ventajas pudieron apreciarse en 1870.

Francia, dice, no ha permanecido estacionaria, y el servicio de ingenieros encargados de la organizacion y entretenimiento de los palomares militares ha establecido este servicio en las condiciones más satisfactorias.

Casi todas las plazas fuertes están provistas de palomares, y los pájaros viajeros llegan al número de 5.000. El Ministro de la Guerra recibe cada mes un estado detallado de los efectivos en palomas, y en cuyo estado se las clasifica con minucioso cuidado.

UN MATADOR DE VÍBORAS.—Se lee en un diario de los Vosgos (Francia) que un matador de víboras ha dado muerte este año á 1.466 de estos reptiles. Los matadores de víboras reciben en los Vosgos una prima de 25 céntimos de franco por cada reptil muerto.

BUENAS CONDICIONES DEL ASNO.—En las inmensas estepas de la Tartaria, dice Monlau, viven los asnos libres y en el estado salvaje, reunidos en grandes sociedades, distinguiéndose por la velocidad de su carrera que en nada

cede á la de los mejores caballos persas. Pero aunque los asnos domésticos son algo más pesados que los salvajes y de formas ménos airoas y elegantes, su alcurnia es, empero, tan antigua como la de los más afamados corceles; y ninguno de nuestros animales domésticos puede envernecerse como él de haber desempeñado misiones más elevadas, ni que por su medio se hayan verificado más importantes acontecimientos. A la burra de Balaan le fué concedido por un momento el uso de la palabra. En busca de unas pollinas iba Saul cuando fué ungido rey de Israel por el profeta Samuel. Una burra fué la que condujo al Divino Redentor con su purísima Madre en su peregrinacion á Egipto. Y en un pollino hizo su entrada triunfal Nuestro Señor Jesucristo en la ciudad de Jerusalen.

Los árabes cuidan muy bien á sus asnos, y los más de-

tanto asequeable á las más modestas fortunas; que del buey, si se engorda, se obtiene su coste, cuando ya no sirve por su vejez para el trabajo; que los excrementos del asno son un excelente abono; que ambos son animales más sanos y ménos expuestos á enfermedades que las mulas y caballos; que, aún en caso de una desgracia, es aprovechable la carne del buey, de la cual casi se saca su coste; que, en caso de morir, son de mucho más fácil reemplazo que los caballos y las mulas, y que aún en las labores del campo se dejan gobernar por chicos y por ancianos; si todo esto consideráramos, repetimos, otra sería la suerte de los asnos y de los bueyes, y otro, sin duda, el estado de nuestras fortunas.

TORTUGA CON EL SELLO DE ESPAÑA.—En el Estado de la Florida, en América, se ha pescado una tortuga que tenía las armas de España y la fecha de 1700, selladas sobre su concha. ¿Qué será? ¿Qué no será?

PESCA EN EL CANADÁ.—Cinco sportsmen que han ido á pescar salmon con sedal al Canadá, han cogido en seis semanas en el río Cascapédie 647 de estos pescados, que pesaban en conjunto 8.119 kilogramos, lo que da por término medio 5 pescados de un peso de 125 libras por día y por pescador.

HÍBRIDO DE LIEBRE.—Ha sido muerto estos días pasados en Inglaterra un híbrido de liebre llamada alpina y liebre de campo.

GAMUZA BLANCA.—En Auers, canton de los grisones, se ha visto una gamuza blanca en un rebaño de gamuzas comunes.

UN CAZADOR DE PEGA.—La escena que vamos á referir se representa en uno de los portazgos de consumos. Un cazador, seguido de su perro, franquea la barrera municipal, y un empleado le pregunta si lleva algo que pague derechos.

—No, señor.

—Sin embargo, yo veo que vuestro morral está lleno, y que salen plumas al traves de las mallas. ¿Son perdices?

—Sí... pero son disecadas. Me gusta entrar en la ciudad oyendo que todo el mundo dice: «¡Hé ahí un buen cazador!»

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.—Un cazador enteco, raquítico y de un feo bastante subido, se acerca á un coche de tercera del ferro-carril, asoma la cabeza y pregunta en tono de sorna:

—¿Está llena esta Arca de Noé?

—Entre V., contesta una voz de adentro, porque aún falta el mico.



EL MES DE DICIEMBRE.

nodados guerreros, como las más ilustres y hermosas damas, tienen á gala recorrer las calles de las más populosas ciudades montados en asnos hermosísimos. En las islas de Malta y de Creta se conservan razas puras de estos solípedos, que compiten con los potros más briosos; los nacidos en las llanuras de la Arcadia tienen aún una grande reputacion, y no faltan puntos donde los asnos son los animales más estimados de que dispone el agricultor.

Sólo un pueblo, el Egipto, miró á los pobres asnos con mal ojo, porque decian que los judíos los adoraban; y como los desgraciados judíos, en todas partes, y especialmente entre nosotros, han sido el vilipendio de la humanidad, no tendria nada de extraño que, transmitida de siglo en siglo esta fatal aversion, hubiese pasado á nosotros sin tener hoy conciencia de ella; pero dejándose conocer por los malos efectos que produce, tanto para nuestros propios intereses como para los animales de que nos venimos ocupando.

Si consideráramos que los bueyes y los asnos son los animales obligados del pobre agricultor, que su mansedumbre y su docilidad los hacen muy recomendables para toda clase de trabajos; que su precio es bajo, y por

MEJORAS PARA EL AÑO 1880.

Estamos para terminar el año segundo de la publicacion de LA ILUSTRACION VENATORIA, y al inaugurar el tercero, podemos ya asegurar á nuestros camaradas y constantes favorecedores que, en el próximo año de 1880, nuestro ya afamado periódico va á aumentar mucho en magnificencia y lujo.

Al efecto, hemos hecho un contrato con una casa de Alemania para publicar la más rica y costosa coleccion de láminas de caza que hasta ahora se ha dibujado y grabado en ese adelantado país, magnífico emporio de las ciencias y de las artes en el adelantado siglo XIX. Ya tenemos en nuestro poder la admirable coleccion de grabados, que pueden ver los cazadores que gusten acercarse á nuestra Redaccion.

Se trata de una lujosa obra titulada *Wanderungen durch das Thierreich aller Zonen von Gustav Jaeger. Mit Bildern von Fr. Specht. Holzschnitte von Adolf Closs*, ó sea un estudio del reino animal de todas las zonas, descrito é ilustrado por distinguidos escritores y artistas, que se publicará en Stuttgart, en Rusia, en Prusia, en Austria, en Inglaterra, en Francia y en Italia, al mismo tiempo que nosotros la publicaremos en España con el derecho exclusivo que hemos adquirido en toda forma.

Simultáneamente daremos otra coleccion de láminas de escenas venatorias y piscatorias de nuestras costumbres meridionales.

De tal modo saldrá magníficamente ilustrado nuestro periódico.

El *Prospecto-Almanaque de Cazadores* para 1880, que hemos publicado, está á disposicion de todos nuestros lectores, quienes podrán pedirnos cuantos ejemplares quieran repartir gráti entre sus amigos, seguros de que nosotros se los enviaremos gustosa y regaladamente. Nuestro principal objeto es dar una gran circulacion á nuestras publicaciones, y esperamos que nuestros camaradas en particular, y las Sociedades de caza en colectividad, nos ayuden en este propósito.

Los señores suscritores, cuyo abono concluya á fin de este mes, se servirán renovarlo, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números del año próximo; teniendo en cuenta que, si bien la suscripcion cuesta á razon de 8 reales al mes, 24 el trimestre, 48 el semestre y 96 el año haciéndola por fracciones de año, pueden obtener una gran rebaja suscribiéndose por un año entero, con tal de que libren anticipadamente 80 reales en letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo, haciendo el pedido directamente á la Administracion de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, núm. 3, en Madrid.